



REVISTA SEMANAL

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN

É IMPRENTA: ROSELLÓN, 208

ILUSTRADA



Nuestros estudiantes

Primeros premios y matriculas de honor - Barcelona

Los extremos

PERO Manolín, por Dios, que eres lo más atropellado!... ¡Ya rompiste la cabeza al rey Baltasar con corona y todo, y perniquebraste á la mula! O tenéis todos más cuidado, ó me voy á poner nacimientos á la casa de al lado.

Así decía don Zenón á sus cuatro chicos que, bajo su dirección, trabajaban en el arreglo de un monstruoso Belén, erigido en el comedor de la casa.

—Tú, Periquín, retira un poquito la vaca, pues visto desde aquí coinciden sus cuernos con la cabeza del ángel, y esto no está bien... Un poco más á la izquierda... así... ¡ajajá!

Periquín corre un poquito la vaca, cuyos cuernos vienen á coincidir entonces, visto desde el otro lado, con la cabezota de un gallo monstruoso.

—¿Dónde pusisteis el musgo y la hierba que trajimos ayer de la Moncloa?... ¿Y los cascotes para figurar las peñas? ¡Oye, al pastorcillo aquél le falta un brazo! Ponlo al otro lado, que no se vea ese defecto físico. ¡Bueno! Aquí el tubito para el surtidor; el almírez para figurar el pozo; el colador y la escurridera para que el agua de la cascada caiga en hilillos...

—¡Vaya una manía la tuya, Zenón! Con el dichoso Nacimiento dejas la cocina sin un cacharro, y durante ocho días tengo que colar el café con la manga de un elástico unos días y otros con tu gorro de dormir.

—¡Vamos, no regañes! Ya sabes que es mi obsesión de todas las Navidades... Trae, trae la jofaina grande para recoger el agua del río; ¡anda!

—¡Eso es! Y el que necesite lavarse...

—¡Que se lave en un barreño... ó en un cubo... ó en el Manzanares!... ¡Ante todo y sobre todo, mi Nacimiento! ¿Qué se diría en el barrio si faltase con toda propiedad el Belén del tío Zenón?

Los chicos andan de aquí para allá secundando á su padre que, envuelto en una bufanda y con los zapatos de orillo puestos en chan-

—Yo no entro con lo de los finolis,—dice atusándose la barba de manguitería que Dios le ha dado.—¡No, señor! Sin besugo, sin misa del gallo, sin zambombas, sin pavo, sin turrónes, sin leche de almendras y sin su miajita de pítima, no comprendo que pueda celebrarse el nacimiento nada menos que del Salvador.

Y don Zenón construye zambombas para toda la familia con los barrilitos de aceitunas de la Reina que le reserva durante el año un primo segundo de su mujer, que es pinche de co-



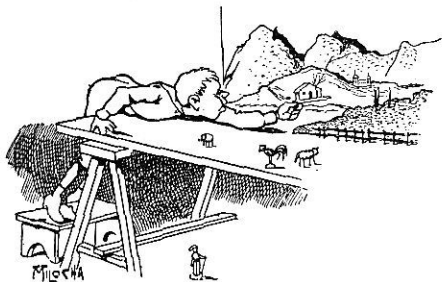
cina del marqués de Cayo del Rey, y arrambla él con un almírez del tamaño de un obús, y destina para doña Reparada la besuguera y la sartén á guisa de platillos.

Y desde que anochece empieza la zambra y el bailoteo y los gritos, y, terminada la colación, vanse todos á San Isidro á oír la misa del gallo, cantando por la calle los disparatados villancicos que inaugura don Zenón con el consabido

A las puertas de Belén
hay una piedra con pico,
donde puso Dios el pie
para subir al borrico.

Y el coro se desgañita gritando en todos los tonos:

¡Dale, dale, dale
la marimorena!
¡Dale, dale, dale,
que hoy es Noche-buena!



cleta, echa la última mano al anacrónico Nacimiento colocado sobre la mesa de planchar y la del comedor en conjunción; Nacimiento al que han ido á parar las cajas de los sombreros y el almohadón del sofá para alhucar las peñas, y donde se ven revueltas figuras de todas las épocas y de todos los tamaños.

Don Zenón es amante de las tradiciones de familia y lleva el asunto á punta de lanza.

Hace veinte años que vive en la casa, y todas las Noche-buenas, ya se sabe, en el vecindario no hay quien pegue los ojos.

y vuelven á casa al amanecer, llevando á cuestas á los dos pequeños y á remolque á Periquito y Manolín, que, aunque medio dormidos, no sueltan, el uno, la capa de su padre, y el otro, el extremo del mantón de doña Reparada. Y al día siguiente se come turrón fósil de la tía Pitaña de la plaza Mayor, y la carne del pavo, á cuyos huesos durante los ocho días siguientes se les saca el jugo en el arroz, y don Zenón y doña Reparada se pudren haciendo tila y agua de flor de malva para los chiquitines á quienes ha puesto malos la trasa de la misa del gallo, el desgañiteo de los villancicos y el abuso de los panecillos de cartón-piedra, de los turrónes de cal y canto y del anisete comprado en la Rivera de Curtidores.

BESTARD DE LA TORRE

Filosofemos

«La Religión es el aroma que impide
á la ciencia la corrupción.»

BACÓN.

VAMOS á tratar una cuestión, pero no como generalmente se la trata y comprende; esto es: no consideraré la idea religiosa como savia del corazón y guía y norte de la inteligencia; no la trataré como aura vital del espíritu, como luz y necesidad del sér humano, como calor del hogar y fuego sagrado del santuario de la sociedad. Es solamente como punto histórico de la mayor importancia, como parte integrante de los anales de la humanidad; como elemento cuyo descuido é ignorancia harían del que los padeciese un sér ajeno del mundo civilizado, extraño á la sociedad y de supina degradación intelectual y moral.

Todo pueblo ha tenido en su nacimiento la idea religiosa, la cual ha sido la luz, el fondo y la savia de su sér moral. Cada pueblo por separado, y todos en conjunto han girado sobre la idea religiosa como en un centro donde está encendida la lámpara de su existencia; y van las generaciones sucediéndose y siempre teniendo la misma idea de gratitud y sumisión á la Divinidad, entendida ésta de mil distintas maneras según la pureza ó corrupción de aquéllas.

Sin esta idea no se explica la historia; y de consiguiente tenemos que suprimir su estudio ó sólo ver en ella algunos hechos aislados, sin causa ni explicación. Tendríamos que descartar la historia de todos los pueblos antiguos, principiando por el hebreo. Los egipcios, los chinos, los fenicios, los lidios, helenos, pelagosos, medos, partos, tendrían que desaparecer, porque, sin excepción, todos se movían sobre la idea religiosa. Los griegos y los romanos tuvieron otros ideales, otros móviles, pero siempre subordinados á las creencias en sus divinidades; es por esto que se contaban en el Panteón 30,000 dioses, á quienes los romanos consultaban y referían todas sus expediciones.

¿Cómo podríamos prescindir de la idea de Providencia de Dios, que ordena ó permite todos los acontecimientos humanos en beneficio del plan divino? Ya como lección, ya como castigo, ya como salud ó medicina, la Providencia va llevando los pueblos y los hombres á su último fin. Ella, como *idea universal*, á que ningún pueblo se ha escapado, es, después de la idea de Dios, la más generalmente admitida en todos los tiempos y por todas las generaciones.

Poco á poco los errores en que habían caído los hombres fueron tomando formas en el Politeísmo, que las ponía como en acto: y desde su primera manifestación, el *fetiquismo* fué adelantando y desarrollándose lentamente, hasta llegar á la deificación de los seres racionales y sus facultades de *fuerza* y *soberanía*. Entonces fué formado el Olimpo, que tanta influencia ejerció en la historia, en la poesía, en las artes y en las letras de aquellos tiempos, y cuya fisonomía no se puede separar de la imaginación de ellos.

Fué también muy lentamente que se desenvolvía el espíritu de la antigua filosofía; ella llegó más tarde, en fuerza de su elevación á alcanzar con Bías y Sócrates la unidad de Dios y á vislumbrar con Platón, con los misteriosos resplandores que le venían del pueblo de Dios.

Es notable que la filosofía, cuyo objeto es buscar la verdad natural, es decir, aquella que la razón puede alcanzar, siempre se cierne sobre la idea religiosa, y es en ella donde toma el vuelo para sus más altas manifestaciones. ¿Suprimáse dicha idea y qué queda? Sentencias vagas, preceptos sin calor, sin vida... ¡Sí, porque el calor y la vida de la filosofía están en esa idea, que jamás podrán arrancarla del corazón humano, ni esterilizar la inteligencia hasta tal punto de poder prescindir de ella: los que quieren arrancarla la sienten, la ven, y, sin saberlo, viven por ella: su corazón, su conciencia, les hacen traición... y llega un momento en que no pueden resistir y adoran! Suprimir pues del estudio de la historia, de las artes, de la poesía, de la literatura y sus ramificaciones distintas la idea de la divinidad, es convertirlas en un inmenso desierto, en el cual se verán acá y allá algunos montones de tierra, algunos espineros estériles, algunas osamentas esparcidas y algunas ruinas, todo sin trazazón, sin explicación y sin el orden con que lleva la Providencia los acontecimientos del mundo.

DR. CRISTANY

La seda

ASÍ como asombra y escapa á nuestra mente el estudio de lo infinitamente grande porque á ello no alcanza la percepción humana, que necesita términos de comparación para darse cuenta de la magnitud de las cosas, no es menos extraordinario y asombroso el estudio de lo infinitamente pequeño.

Millones de seres viven en una gota de agua; millones de mundos ruedan por el espacio, y sólo los concibe la mente en una hipotética percepción.

Y sin remontarnos á los infinitos extremos,

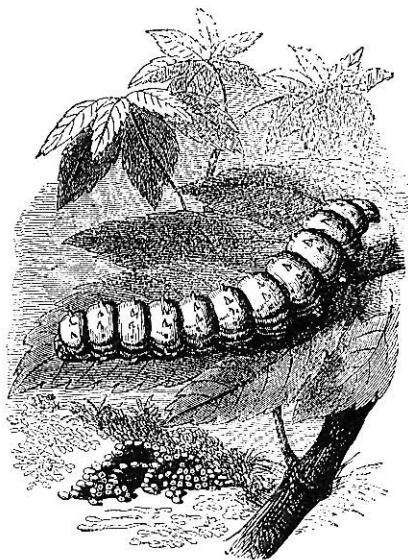
en lo que nuestra vista alcanza, en lo que tocan nuestras manos, ¿cuántas y cuántas maravillas nos demuestran la profunda sabiduría de la causa creadora del Universo?

¿Acaso no hallamos en lo más despreciable un agente de esa esencia creadora; agente que en su humilde esfera viene á hacer de lo que decimos una verdad inconcusa?

Pues entre los mil ejemplos que de esa verdad pueden citarse, sirvanos hoy para demostrarlo el *gusano de seda*.

¡Vedle! Feo, repulsivo, asqueroso, segre-

gando una materia viscosa en forma de hilillos, que se endurece al contacto del aire, y á la cual se llama seda y que sirve desde la anti-



güedad más remota para la confección de las más preciadas vestimentas.

Gusano que se aprisiona en el capullo que forma con la baba que expele, y dentro del



cual, y al abrigo de agentes exteriores, se transforma en mariposa.

Originario de las comarcas orientales del Asia, 2698 años antes de nuestra Era, aprendieron los chinos el arte de criar el gusano de seda y de apropiarse el hilillo que segrega á la confección de los vestidos, y lo aprendieron de la mujer del emperador Yao, la cual,—según cuentan las crónicas,—tuvo una visión celestial en ocasión en que lloraba encerrada en una mazmorra por el desamor de su egregio esposo.

Apareciósele,—dice la tradición,—un ángel llevando en la mano una rama de morera y dos mariposas prendidas de su manto; púsolas sobre la falda de la desgraciada emperatriz, y al poco rato empezaron las mariposas á poner huevecillos, de éstos nacieron unos gusanos, que á los pocos días se convirtieron en capullos de seda, y entonces el ángel enseñó á la desgraciada emperatriz el modo de hilar las finísimas hebras.

Por este medio consiguió volver á la gracia del casquivano Yao.

Hasta muy poco antes de nuestra Era no se conoció en Roma esta preciada materia, que

se vendía á más precio que el oro; tan cara, que el emperador Aureliano se negó á comprar un vestido de seda á su esposa por su mucho precio.

No es fácil precisar la fecha en que la industria sedera fué introducida en España. Sin embargo, San Isidoro dice que en tiempo de los godos existía ya el cultivo de la morera y cría de los gusanos de seda, con la que se tejían preciosos ornamentos sacerdotales.

Sin que afirmemos que sea cierta la tradición, algo de sobrenatural parece haber en ello, si se tiene en cuenta la fecha á que la industria sedera se remonta y las complicadas transformaciones que sufre el insecto en que nos ocupamos.

La mariposa sale de su capullo merced á un líquido que contiene una glándula colocada cerca de su boca, cuyo líquido tiene la propiedad de disolver el barniz ó goma de que están impregnados los hilillos, y con el cual ablanda y separa los filamentos sedosos de uno de los extremos del capullo sin romperlos ni cortarlos con objeto de abrir un agujero por donde poder salir, lo cual se efectúa indefectiblemente á primera hora de la mañana ó á las tres ó cuatro que siguen á la puesta del sol.

Se une al macho, y empieza á poner huevecillos durante tres días, siempre á la misma hora, hasta el número máximo de 700, y á los pocos días muere extenuada.

En cuanto nacen los gusanillos, tienen ya matemáticamente señalado su día de sueño, que es el cuarto, y al quinto pierden su piel que, de oscura y pelosa, se transforma en otra de color más claro.—Esta es la primera edad.

La segunda dura cuatro días, cayendo en sueño durante la tarde del tercero.—La tercera y cuarta edad, comprenden de seis á siete días cada una, y durante ellos sufren notables transformaciones, exigiendo un régimen en las comidas y una limpieza extremados.

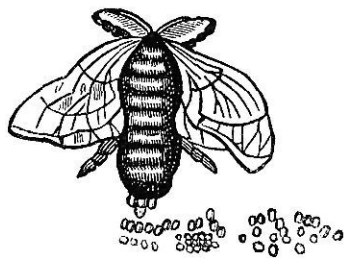
Durante estos cuatro periodos no han hecho otra cosa que comer y dormir.

Llega, finalmente, la quinta edad, y hacia el quinto día em-

pezan los gusanos á hilar su capullo, expe-
liendo un hilillo que está formado de dos partes distintas: la capa exterior, ó barniz, y la parte central que constituye la fibra textil, y es casi indudable que el barniz ó goma que segrega á la par de la seda, está destinado á preservar la hebra de la influencia de la humedad en el mundo normal en que vive el insecto silvestre. ¿No es esto maravilloso?

Finalmente: en la industria sedera se deja que lleguen á mariposas para recoger simiente ó huevecillos un número determinado de capullos; los demás, se matan antes de que sufran esta última transformación para que las mariposas no rompan las hebras al abandonarlos.

PEDRO FALL ALÓRDA



Asesinato de Enrique de Lorena, duque de Guisa

EDUCADO en la corte de Enrique II, fué el duque uno de los caballeros más gallardos y hermosos de la época.

Contaba apenas trece años cuando en 1562, y sirviendo en el ejército que mandaba su padre Francisco de Guisa, fué testigo del asesinato de éste al pie de los muros de Orleans, al mismo tiempo que una bala de mosquete rozaba su mejilla, herida que dejó en su rostro profunda cicatriz, y desde entonces profesó un rencor implacable á los protestantes.

Llevado por este odio profundo, se puso al frente de un formidable ejército, para defender la fe católica, fundando la *Santa Liga* para contrarrestar los manejos de la corte, con lo que tuvo al rey Enrique III bajo su yugo; siendo tan grande su autoridad mientras sirvió á Enrique III, que los cuerpos de guardia se negaban á recibir el santo y seña que se les daba de parte del rey y sólo acataban las órdenes del duque de Guisa.

Inmensa fué la influencia que ejerció Enrique de Lorena en los destinos de la Francia del siglo XVI, pues descendiente de reyes, hizo cuanto pudo durante su vida para allanarse el camino del trono, y para ello entró en tratos con el rey de España Felipe II, que le envió dinero, y con el papa Gregorio XIII, que le permitió hacer la guerra contra el rey de Francia para mantener la religión católica.

A tal extremo llegó en aquella época, gracias á las ambiciones del duque de Guisa, el desbarajuste, que se llamó guerra de los tres

Enriques la que hubo en Francia por los años de 1586, entre los católicos y los hugonotes, á causa de que los tres jefes que la sostenían eran el rey Enrique III, Enrique de Navarra y el duque de Guisa, llamado también Enrique, siendo de notar que los tres murieron asesinados.

Enrique de Lorena, á quien llamaban *el Acuchillado* á causa, como hemos dicho, del balazo

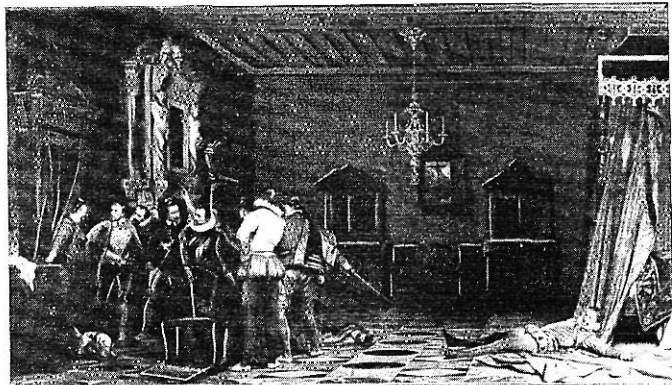
que recibiera en una mejilla, fué el primero que tomó parte en la horrible matanza de la memorable noche de san Bartolomé, en la que vengó á su padre dando muerte á Coligny. Años más tarde se atrevió á entrar en la capital en son de guerra á pesar de la oposición

de Enrique III, siendo recibido con entusiasmo por los habitantes de París, que se unieron á él para batirse contra las tropas del rey.

Furioso el monarca, disimuló cuanto pudo y convocó en Blois los Estados generales para tratar de la reforma del reino. El duque de Guisa fué uno de los primeros en acudir, pero apenas llegó le asesinaron por orden del rey en la misma puerta de la regia cámara, el 23 de diciembre de 1588.

La muerte de Enrique de Lorena exacerbó de tal manera la ira de los partidos, que al año siguiente, y á consecuencia de ella, fué asesinado Enrique III, en su propio palacio, por el fraile dominico Jacobo Clemente, quien se propuso con ello vengar al *Acuchillado*, y si bien logró su objeto, cayó á los pies del trono cosido á puñaladas por los partidarios del rey.

A. P. GUILLOT



¡Hijo, no puedo más!

ERA un día de verano. Los rayos del sol caían como plomo derretido sobre la gran ciudad. Los transeúntes buscaban la sombra de los árboles, de los balcones ó las calles estrechas, para evitar en lo posible el atroz bochorno que asfixiaba.

En uno de los barrios extremos de la urbe, por donde ésta crecía, según los trazados de las nuevas vías, se oía el agudo y arrítmico repique del hierro sobre la piedra, lanzado al aire desde los edificios en construcción. Las contadas personas que por aquellos lugares transitaban lo hacían á buen paso, para escapar cuanto antes á la lluvia de fuego.

Sólo una pobre mujer, con una cesta en una mano y tirando con la otra de un chiquillo que se resistía á andar, apretando sus pies en el suelo y llorando como un energúmeno, se veía obligada, á causa de su doble carga, á bañarse en la candente atmósfera, sin progresar gran cosa en su pesado camino.

Contaría la buena mujer escasamente treinta años y cuatro el rebelde niño.

Era ella delgada, de color terroso, apenas virado ahora en rosa claro, á causa del calor y la fatiga: sus ojos negros, grandes, tristes y brillantes, tenían una indefinible expresión de amargura.

En cambio, el niño parecía una manzana. Sus mejillas gruesas, rojas, surcadas por las lágrimas, sus ojos también negros, no tenían el indefinido mirar de bondadosa expresión de la mujer, sino que se clavaban en ella con rabiosa mirada. Vestía la madre pobremente y con modestia el hijo.

—Yo quiero *aupa*,—chillaba el niño pataleando con terquedad.

—Anda un poquitín más, riquín, que ya llegamos,—argüía la pobre mujer con fatigada voz, dirigiendo su mirada á la última de las casas en construcción.

—No quiero.

—Pues mira, te quedas solo y te va á llevar el diablo.

Y soltándole de la mano siguió avanzando, creyendo que el pequeño la seguiría; pero éste se quedó clavado en el mismo sitio, berreando desenfrenadamente, rojo como una amapola, agachado y tembloroso.

En esto cesó el golpeteo de labrar la piedra.

—Las doce,—exclamó rápidamente la mujer palideciendo.

Y desandando el camino llegó hasta el niño, le ciñó con su brazo izquierdo por la cintura, le sentó á horcajadas sobre la misma cadera y echó á andar lo más de prisa posible.

—Buena me va á poner tu padre,—dijo al poco la fatigada mujer, bañada en sudor.

Pero el chiquillo, ya satisfecho, se agarraba al cuello de su madre para afianzarse mejor, le apretaba la cintura con las piernas y le oprimía el pecho con su cuerpo.

Sentía la pobre mujer que el aire le faltaba, que sus piernas amenazaban doblarse; pero el temor de retardar más aún la comida al impaciente esposo, le daba nuevos bríos, y, estatua viviente del sacrificio, dirigía sus vacilantes pasos, resignada á llegar hasta el fin, por el accidentado piso, bajo aquel sol de fuego.

Y llegó. Llegó ante el portalón abierto en la cerca de ladrillos, dejó el niño y la cesta en el suelo, apoyó un antebrazo en el muro y en aquél la sudorosa frente, y con palabra entrecortada por la respiración anhelosa, exclamó:

—¡Hijo, no puedo más!

Quiso la fatalidad, andando el tiempo, que en un accidente del trabajo perdiera la vida el albañil.



La viuda, con la cantidad que percibió por la desgracia, puso una tienda, con cuyos beneficios atendía trabajosamente á su subsistencia y á la de su hijo. Crecía éste, y con él los malos instintos. En vez de ir á la escuela, pilleteaba con lo peor del barrio; fumaba como un hombre y bebía como un vicioso, gracias al cajón de la tienducita.

Llegó un día en que la buena mujer se enteró de cuanto ocurría, puso llave al cajón, patronó al hijo, pero éste siguió siendo tan mal aprendiz en el oficio como alumno en la escuela.

Ya mayor, un compañero de taberna le brindó un negocio mediante ciertas trampas en el juego. Pero se necesitaban treinta duros para empezar.

Con la baraja en la mano le demostró tan palpablemente las pingües ganancias que iban á percibir, que le propuso ponerlo en práctica aquella misma noche.

—Vente conmigo. Voy á sacarle á mi madre los treinta duros.

Y los dos salieron de la taberna.

—Espérame al cabo de la calle.

La pobre mujer no consentía que se llevara la llave al salir de noche, así es que se levantaba á abrirle.

Aquella noche se sorprendió agradablemente al oírle llamar cuando acababan de dar las diez.

—¿Qué santo te ha tocado el corazón?

—Es que vengo por un asunto muy importante.

—¿Qué es ello?

—Un negocio.

—¿Tú negociante?

—Sí, negociante,—contestó mirándola con altanería.

La madre, presintiendo una borrasca, dijo cariñosamente:

—Bueno; pero como ahora no es hora de negocios, ya lo hablaremos mañana.

—Pues te equivocas. Este es un negocio que hay que hacerlo ahora.

—¿Y qué negocio es?

—Un negocio... ¡que maldito lo que te importa!—contestó después de vacilar un instante.

—Entonces, ¿para qué vienes?

—Para que me des el dinero. Ya sabes que sin dinero no se hacen negocios.

—Dinero para un negocio nocturno, que yo no puedo saber, no lo doy.

—Pues me lo darás, porque he empeñado mi palabra, y mi palabra vale más que todo.

—¿Más que todo?

—Sí, más que todo. Conque arría treinta duros y al avío, que es tarde.

—¡Treinta duros!—exclamó abriendo sorprendida aquellos ojos negros y tristes.—¿Tú crees que yo puedo darte esa cantidad? Es más, ¿crees que la tengo?

—Vaya que sí. Tú eres una urraca que no comes por ahorrar ni gastas una peseta en vestir para hacer tu gato; y ése es el que me vas á dar.

—Sí, es cierto que apenas como ni visto, pero no para ahorrar, sino para que tú te atraques y para que vayas decente, como lo he hecho toda mi vida.

—Camándulas. ¡Venga la llave!—gritó decidido y con gesto amenazador.

Aquella santa mujer comprendió que era inútil resistir, y pesando en un instante todos los males que en aquel momento le amenazaban, eligió el menor, á pesar de que era la ruina; pero la ruina sola, sin insultos, sin gritos, tal vez sin golpes...

Se dirigió con paso lento hacia el mostrador, abrió el cajón, lo llevó á la trastienda, pieza que servía de comedor, y lo puso sobre la mesa.

—Oye,—dijo solemnemente,—te doy cuanto poseemos. No llega á veintisiete duros, estamos á fin de mes y este dinero estaba destinado á pagos. Llévate, es tu miseria, porque es la de tu madre. Mañana me embargarán y no tendremos dónde dormir ni qué llevarnos á la boca.

Guardó el dinero y se encaminó á la puerta. Con un pie en la acera y el otro en la tienda, se quedó parado un momento mirando calle abajo hasta que vió en la penumbra la negra silueta de su socio.

—¡En fin, lástima que no llegue á treinta duros!—exclamó resignado, por creer que ya sería suficiente.

La madre, con los ojos arrasados en lágrimas, contestó:

—¡Hijo, no puedo más!

*
* *

Había transcurrido mucho tiempo, mucho, y, en todo él, la buena mujer no había tenido noticias de su hijo. La tienduca fué á parar á manos de los acreedores.

Como su salud estaba harto quebrantada, no podía dedicarse al trabajo penoso de la mujer, y vivía miserablemente con el producto de la venta de periódicos y cerillas. Vivía maquinalmente, sin más idea que recobrar á su hijo perdido.

Y había que verla á altas horas de la madrugada, sentada contra el tronco de un árbol, bañada en la blanca luz de un arco voltaico, leyendo trabajosamente el último periódico de cabo á rabo, por si encontraba en sus columnas alguna noticia del chico.

Una noche, al ir á recoger los periódicos, encontró gran alborozo entre sus compañeros de oficio que esperaban en la imprenta el momento del reparto.

—Hoy si que habrá venta, —dijo uno de ellos.

—¿Por qué?

—Porque, al fin, el autor de la bomba ha declarado en la capilla su verdadero nombre.

—¿Y sabes cómo se llama?

—Remigio Prendas.

Salía corriendo el primer vendedor voceando la noticia. Le asió la mujer por la manga de la blusa y, sin decir palabra, le arrebató un número y le puso cinco céntimos en la mano.

Estrujando el papel con crispada mano, sació á la calle, y á la luz de una tienda buscó las últimas declaraciones del reo en el papel húmedo todavía, con aquellos negros ojos, de mirada ahora extraviada como embriagados por el olor de la tinta tipográfica.

Cuando la prensa publicó el retrato del autor del atentado, creyó adivinar en él las facciones de su hijo, pero el ancho bigote y la

crecida barba y además el nombre, desvanecieron pronto la mala impresión del primer momento. Pero aquel mismo día, ya en capilla, para ser ejecutado á la siguiente madrugada, había contado punto por punto su vida entera y la prensa la reproducía con lujo de detalles, entre los que figuraba la madre infeliz que se suponía muerta.

Hizo un esfuerzo supremo su voluntad.

Guardó el periódico, las lágrimas se helaron en sus ojos, y echó calle abajo, con paso vacilante, empañada la vista, viendo desparramarse las luces de los mecheros de gas en radios de luz, como trémulos corazones en los que se clavaban los ardientes puñales del más acerbo dolor. Y llegó á las afueras. Su respiración era extraordinariamente fatigosa, sentía como si una masa de hierro le creciera dentro del pecho.

Después de un corto descanso, emprendió de nuevo la marcha hacia la cárcel, cuya inmensa mole, aislada y severa, aparecía agrandada por la obscuridad. Hubo que detenerse nuevamente. La masa de hierro seguía creciendo cada vez más.

A pesar del frío y de la llovizna que empezaba á caer, su frente se bañaba en sudor helado y pegajoso. Comprendió que no podía adelantar más y se quedó parada mirando el siniestro edificio, y, atravesando con su imaginación los gruesos muros, reconstruyó en su mente la terrible escena del hijo puesto en capilla. Poco á poco fué ganando la imagen todo el campo de su inteligencia, borráronse de ella todas las demás ideas y sensaciones, y vivió por completo, por así decirlo, dándole toda la intensidad de la realidad tangible, el horroroso cuadro de la capilla, que llenaba con su alma toda, amargada por el más cruel de los dolores.

Las piernas vacilantes doblaron las rodillas,



el tronco demacrado se vino al suelo, chocó la cabeza contra la piedra, brotó un hilo de sangre, la vida se extinguió y hasta el horrible cuadro perdía ya el relieve; desaparecían de él las figuras secundarias, los estoicos guardianes, el centinela autómatas, el soñoliento sacerdote, sólo quedaba el Cristo, amarillento, reflejando en su brillante cuerpo las luces de los cirios, con sus brazos extendidos, abrazando en infinito y amoroso abrazo al pecador arrepentido.

Una ráfaga de conciencia pasó por su cerebro por vez postrera, y, sintiéndose morir, balbució con voz ininteligible y trémula:

—¡Hijo, no puedo más!

PABLO FERRER PIERA



JOYAS ARTÍSTICAS

La gloria del pueblo

A. Jittol

La Noche-Buena de la huerfanita

Tiritando de frío
junto á una puerta,
sin pah y sin abrigo,
la pobre huérfana
pasa esta noche,
sin que nadie la alivie
en sus dolores.

Niñas que tenéis padres
y tenéis casa,
ya os cobije un palacio,
ya una cabaña,
la Noche-Buena
disfrutaréis alegres,
libres de penas.

Al calor de la lumbre
todos reunidos,
con padres, con hermanos,
con abuelitos,
en esta noche
disfrutaréis alegres
dulces amores.

Mas ¡ay! la pobre huérfana,
perdida y sola
recorrerá las calles
triste y llorosa,
sin que una mano

enjugue compasiva
su amargo llanto.

¡Ay niña sin ventura,
abandonada
de los que el sér te dieron
y no te amparan,
llora esta noche,
aunque los otros niños
felices gocen!

No esperes la limosna
que cada día
dejan los transeúntes
en la manita:
que hoy nadie sale,
que esta noche desiertas
quedan las calles.

En el hogar celebran
hoy los humanos
el feliz nacimiento
del esperado
hermoso Niño
que á redimir el mundo
del cielo vino.

Nació pobre y humilde,
de pobres padres;

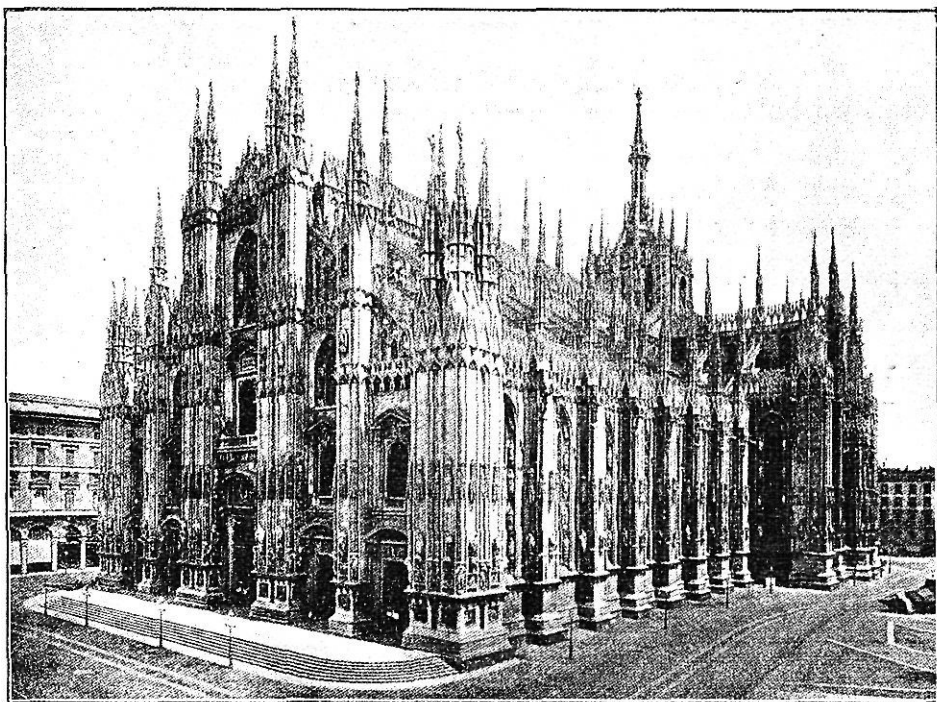
vino á enseñar al hombre
altas verdades,
y á dar ejemplo
de humildad, y pobreza,
y sufrimiento.

Bajó para enseñarnos
á amar al prójimo;
vino á igualar al pobre
y al poderoso,
á dar consuelo
al hombre desvalido
y al niño huérfano.

Vosotros que felices,
queridos niños,
gozáis la Noche-Buena
con pan y abrigo,
abrid la puerta,
que del umbral os llama
la pobre huérfana.

Amparadla esta noche
en vuestro albergue,
y repartid con ella
pan y juguetes.
¡Sed sus hermanos,
ya que, sola en el mundo,
no tiene amparo!

PEDRO GARFIGA Y PUIG



MILÁN



El viernes 13 de octubre de 1820 serían las tres de la tarde cuando fuí detenido en Milán y conducido á Santa Margarita.

Durante aquel día y algunos de los siguientes sufrí un largo interrogatorio, sobre el cual guardaré silencio, semejante al enamorado que, ofendido por su dama, se decide á conservar su dignidad, dándole á conocer el enojo en su semblante; y, desentendiéndome de la política, pasaré á ocuparme de otra cosa.

La noche de aquel malhadado viernes, á cosa de las nueve, el escribano me puso á disposición del alcaide, quien me condujo al cuarto que me estaba destinado; me hizo políticamente la invitación de entregarle, para serme devuelto á su tiempo, mi

reloj, mi bolsa, y todo lo que hubiese en mis bolsillos, y se separó de mí después de haberme dado cortésmente las buenas noches.

—Aguardad,—le dije,—y sabed que hoy no he comido todavía; bueno fuera que mandaseis me trajesen algo.

—Al momento; precisamente la fonda está muy cerca; ¡ya veréis qué vino!...

—No lo pruebo.

Miróme el *signor* Angiolino con ojos de admiración, y como receloso de que me chancease.

Los alcaides que tienen taberna aborrecen al preso que no bebe vino.

—De veras os digo que no lo bebo.

—Lo siento por vos, porque la soledad os será mucho más penosa.

Como viese que yo no cambiaba de parecer, salióse, y antes de media hora ya tenía allí mi comida.

Tomé algunos bocados, bebí un vaso de agua, y quedóme solo.

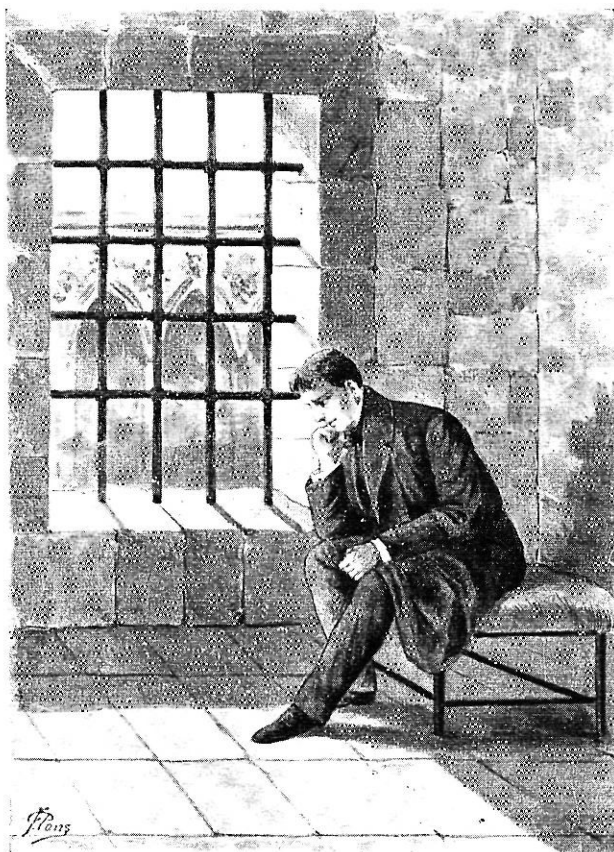
La pieza donde yo estaba se hallaba á nivel del patio contiguo, por el que recibía la luz: á derecha, á izquierda, arriba, enfrente, por todas partes no se veían más que encierros, y cuando me asomé á la ventana, donde permanecí algunos momentos, sólo oí las pisadas de los alcaides y el descarado cantar de varios presos.

Hace un siglo, me decía á mí mismo, esta cárcel era un monasterio: ¿se hubieran jamás imaginado las santas vírgenes y penitentas que lo habitaban llegase un día en que sus celdas resonasen, no ya por el gemido de la débil mujer, ni por sus piadosos cánticos, sino por la blasfemia ó las impúdicas canciones, encerrando sus paredes gentes de todas clases, reservadas la mayor parte á un presidio ó á un cadalso? Y de aquí á un siglo, ¿quién respirará en estas estancias? ¡Oh rapidez del tiempo que nos abandona! ¡Oh eterna veleidad de las cosas terrenas! ¿Puede, quien te considera, afligirse si la fortuna ya no le sonríe,

si se ve sepultado en un encierro ó amenazado del patíbulo? Ayer me contaba yo tal vez por uno de los mortales más felices de este mundo, y hoy ya no tengo ninguna de las dulzuras que formaban el encanto de mi vida: la libertad, los amigos, la esperanza. No; no hay que hacerse ilusiones. Yo sólo saldré de aquí para ser aherrojado en el calabozo más horrendo, ó entregado al verdugo. Pues bien, el día siguiente al de mi muerte será para mí lo mismo que si hubiese exhalado mi último suspiro en un palacio; lo mismo que si hubiese sido enterrado con la pompa más suntuosa.

De tal suerte, cavilando sobre la fuga inexorable del tiempo, recobraba fuerzas mi espíritu: pero acometiéndome de repente la memoria de mis padres, de mis

hermanos y también la de otra familia que yo amaba cual si fuera la mía; los argumentos filosóficos perdieron todo su poder. Enternecíme, y llegué á dejar correr el llanto como un niño.



Tres meses antes de este acontecimiento había yo ido á Turín con el objeto de volver á ver, después de algunos años de ausencia, á mis amados padres, á uno de mis hermanos y á mis dos

hermanas. ¡Mi familia se había amado siempre tanto! Ninguno de los hijos había sido tan colmado de caricias paternas como yo. ¡Ah! ¡cuál se conmovió mi corazón al volver á estrechar entre mis brazos aquellos ancianos venerables, más agobiados por el peso de los años de lo que yo me imaginaba! ¡Con cuánto gusto hubiera permanecido á su lado para siempre, consagrandos todos mis cuidados al alivio de su vejez! Y en el corto tiempo que pasé en Turín, ¡cuánto no deploré las ocupaciones que me llamaban y me retenían fuera del techo paterno, dejándome una muy pequeña parte del tiempo que dedicar á los buenos ancianos á quienes debía el sér! Mi pobre madre exclamaba algunas veces con cierta melancólica amargura:—«¡Ah, nuestro Silvio no ha venido á Turín sólo por vernos!»

En la mañana que partí para Milán, nuestra separación fué de las más dolorosas: subió mi padre conmigo en el coche, me acompañó por espacio de una milla, y volvióse luego solo. Yo dirigía la vista hacia atrás para divisarle, pero mis ojos se inundaban de lágrimas, y sólo hallaba algún consuelo besando un anillo que mi madre me había regalado. Jamás sentí mi corazón tan conmovido al separarme de mi familia como en aquella ocasión. Nada crédulo á los presentimientos, me admiraba de no poder vencer mi dolor, y no podía menos de preguntarme con asombro, ¿de qué provendrá tan extraña ansiedad? Parece que me presagia algún gran infortunio.

Aherrojado ahora en este encierro, recuerdo aquel temor, aquel espanto, aquellas angustias; recuerdo todas las palabras que tres meses antes salieron de boca de mis queridos padres, y sobre todo aquel tierno lamento de mi madre: «¡Ah, nuestro Silvio no ha venido á Turín sólo por vernos!» parecía oprimir más con su peso mi angustiado corazón, y muchas veces me reconvine de no haberme manifestado más afectuoso hacia ellos. ¡Los amo tanto y se lo dije con tanta frialdad! ¡No debiendo volverlos á ver, me saqué tan poco en el placer de contemplar sus amadas facciones! ¡Fuí tan avaro para con ellos de las muestras de mi afecto! Estas ideas despedazaban mi alma.

Aventuras de Allan Quatermain

Traducción de Andrés Rivera

(Continuación)

Pero su gloria ha desaparecido, y donde en otro tiempo ricos comerciantes de todas las partes del mundo entonces civilizado, se detenían y negociaban en los concurridos mercados, el león tiene su corte durante la noche, y en vez de la charla de los esclavos y las impacientes voces de los postores, su imponente rugido repercute bajo las amplias naves arruinadas.

En este lugar descubrimos, sobre un dique cubierto de hierbas y arbustos, dos de los más hermosos zaguanes de piedra que es posible concebir.

Los relieves eran exquisitos y sólo siento no haber tenido medios de transportarlos. Sin duda sirvieron de entradas a un rico palacio del que no se encuentran vestigios, aunque sus ruinas están probablemente bajo el seto que allí crece.

Aquella hermosa ciudad desaparecida siguió el camino que todas las cosas deben recorrer. Estas ciudades han tenido su época y ahora están como Babilonia y Ninive, y como Londres y París estarán algún día. Nada hay eterno. Tal es la ley inexorable. Hombres y mujeres; imperios y ciudades; tronos, principados y poderes; montañas, ríos y mares insondables; mundos, espacios y universos, todos tienen su época, y todos deben perecer. En este lugar, en ruinas y olvidado, el moralista puede contemplar un símbolo del destino universal. Nada puede desviarse de su camino, hasta que el abismo nos absorbe, y de las playas de lo Transitorio somos arrojados al mar de lo Eterno.

En Charra tuvimos una violenta cuestión con uno de los jefes de los conductores que habíamos alquilado para ir hasta allí, porque quería le pagásemos más de lo convenido, y el resultado fué que nos amenazó con lanzar a los masai sobre nosotros. Aquella noche huyó con todos nuestros conductores alquilados, robándonos la mayor parte de los efectos: afortunadamente no se llevaron nuestros rifles, las municiones y efectos de uso personal, no por consideración ó delicadeza, sino porque estaban al cuidado de los cinco wakwafi. Con esto quedamos hartos de caravanas y conductores. En verdad no teníamos ya gran cosa que llevar;

sin embargo, ¿cómo continuaríamos nuestro viaje?

Good resolvió la cuestión.

—Aquí hay agua,—dijo apuntando al río Tana,—y ayer he visto una partida de indígenas cazando hipopótamos en canoas; la estación de Mr. Mackenzie está en el río Tana, ¿no es así? Pues ¿por qué no nos procuramos canoas y remamos hasta llegar allá?

No necesito decir que esta brillante idea fué acogida con aplausos, y que en el acto me puse

á trabajar para comprar canoas á los indígenas de los alrededores. Logré, después de una demora de tres días, obtener dos, suficiente cada una para contener seis personas y el equipaje, hechas de un sólo trozo de madera ligera. Por estas dos canoas tuvimos que darla tela que nos quedaba y otros varios artículos.

Al día siguiente efectuamos la partida. En

la primera canoa iban Good, sir Enrique y tres de los wakwafi; yo ocupaba la segunda en unión de Pico Duro y los otros dos wakwafi. Como nuestra marcha era contra la corriente, tuvimos que poner cuatro pares de remos en cada canoa, lo que quiere decir que la suerte de todos nosotros, excepto Good, fué la de remar como la de los esclavos en las galeras; ¡y cuán fatigoso era este trabajo!

He dicho excepto Good, porque desde el momento en que puso los pies en el bote se encontró en su elemento y tomó el mando de la expedición.

En tierra, Good es un hombre galante, de dulces maneras y algo jocoso; pero la experiencia nos demostró que Good, en un bote, era un verdadero demonio.

El sabía todo lo relativo á la náutica y nosotros nada.

En todo lo concerniente á la marina, desde el torpedo para las maniobras de la guerra, hasta el mejor modo de manejar un remo en una canoa africana; era una mina de conocimientos de los cuales nosotros no poseíamos



... pasamos la noche en un grupo de rocas

ninguno. También sus ideas de disciplina eran de las más rígidas; en suma: llegó á ser entre nosotros un oficial de la Real Armada y se cobró de las malas partidas que le jugábamos en tierra.

Por otra parte, fuerza es confesar que manejó los botes admirablemente.

Después del primer día de viaje, logró Good, con el auxilio de un pedazo de tela y un par de remos, dotar á cada canoa de una vela que aligeraba mucho nuestro trabajo. Pero la corriente era á veces terrible y entonces sólo podíamos avanzar veinte millas durante el día.

Siguiendo el trazado plan de antemano, partíamos al amanecer y navegábamos hasta las diez hora en que el calor era tan fuerte que no nos permitía seguir remando. Entonces amarrábamos las canoas á la orilla y tomábamos nuestra frugal comida; después de esto dormíamos hasta las tres, hora en que volvíamos á partir, remando hasta la puesta del sol, en que hacíamos alto para pasar la noche.

Al desembarcar á la caída de la tarde, Good, con la ayuda de los askari, construía un cercado con arbustos espinosos y encendían los fuegos.

Yo me iba de caza con sir Enrique y el Pájaro Carpintero. Generalmente esta era una tarea fácil, porque la caza abundaba en las orillas del Tana.

Una tarde sir Enrique cazó una girafa muy joven, cuyos huesos contienen un tuétano excelente; otra tarde maté yo un par de torcaces, macho y hembra; y otra vez, con gran satisfacción suya, Pico Duro (que como los más de los zulús es un detestable tirador de rifle), consi-

guió matar un gordo alce con un fusil que yo le había prestado.

Algunas veces componía nuestra comida una gallina de Guinea, una avutarda ó un hermoso pescado amarillo que abundan mucho en las aguas del Tana y que es uno de los principales alimentos del cocodrilo.

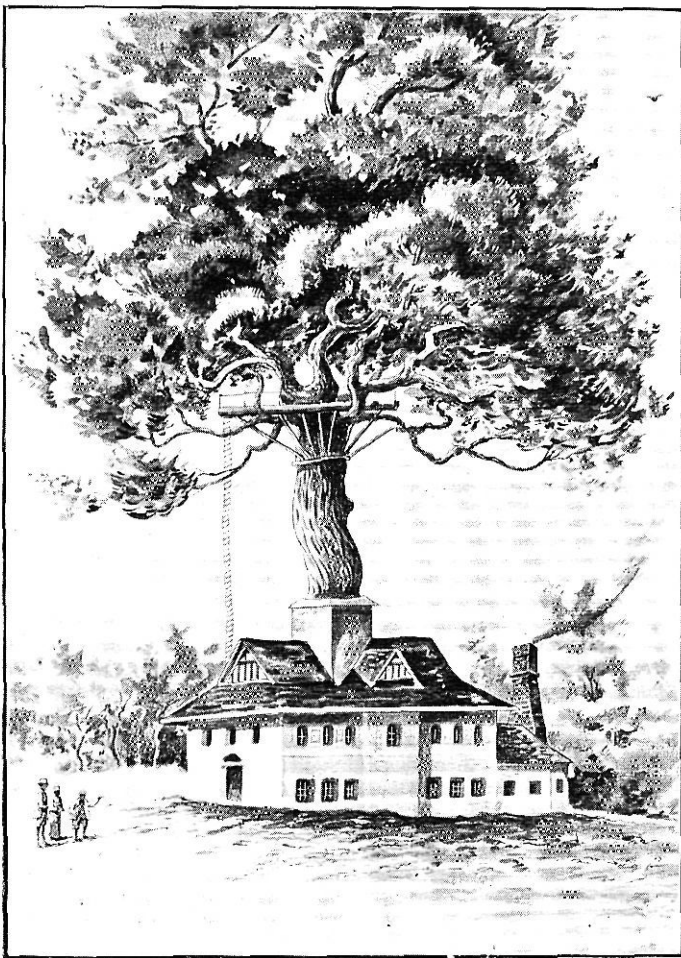
Tres días después de nuestra

partida ocurrió un fatal accidente. Nos dirigíamos hacia la orilla para arreglar nuestro campamento nocturno como de costumbre, cuando vimos la figura de un hombre sobre una pequeña eminencia á menos de cuarenta yardas de nosotros, observando atentamente nuestra aproximación.

Una mirada bastó para conocer que el que nos espiaba era un masai Elmorán ó joven guerrero. Si alguna duda hubiese tenido acerca de ello, la habría disipado la exclamación de «masai» que salió simultáneamente de los labios de los aterrorizados wak-wafi, que son, según creo haber dicho

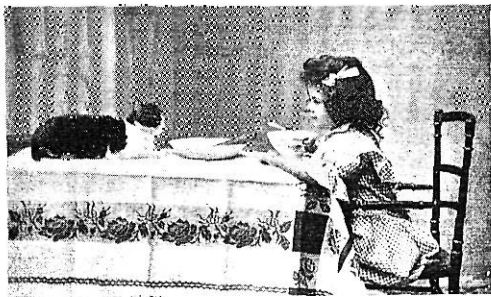
ya, masai bastardos. ¡Qué horrible aspecto presentaba con sus atavíos de guerra! Acostumbrado como estoy á ver salvajes, no he visto nunca nada tan feroz y que inspirase tanto terror como el que teníamos delante. Alto, tan alto como Pico Duro, de miembros algo débiles, pero de rostro de diablo. Empuñaba en la mano derecha una larga lanza de ancha hoja en su extremo, con un regatón de hierro en la terminación del mango de más de un pie, y sobre el brazo izquierdo un enorme escudo de piel de búfalo, sobre el que se veían pintadas extrañas divisas. De sus hombros colgaba una capa de plumas y al rededor de su cuello llevaba el

(Continuará)



—¡Qué hermoso árbol!—dijo Enrique

Un gato regalón



—¡Mariposín! ¡Me tienes muy enfadada!
¡Hoy no pruebas siquiera mi desayuno!

Grecia

COSTUMBRES

EN Grecia es donde se oye por primera vez la palabra *escuela* (*schole*) y á los griegos debemos las primeras reglas para la educación de la infancia.

Lo primero que los niños debían aprender, era á leer y á nadar.

Se tenía entre los griegos por una grande infelicidad el morir sin hijos. Poníanlos al nacer sobre las rodillas de sus abuelos, y este era el regalo más apreciable que podían hacerles. Las madres eran las encargadas de poner nombre á sus hijos, tomándolos de las circunstancias de su nacimiento, imitando con ello á los hebreos.

Los lacedemonios tenían una bárbara costumbre. Luego que nacían sus hijos, los llevaban sus padres á un lugar llamado *Lescho*, donde los visitaban los más ancianos de cada tribu. Si los hallaban perfectos, fuertes y vigorosos, declaraban que se les debía criar, pero si eran contrahechos ó enclenques, los arrojaban en una hoya del Taygeto llamada los *Apothetes*, donde los dejaban morir.

Con todo, tenían los lacedemonios otras costumbres muy dignas de imitación por lo que respecta á los hijos. Los acostumbraban á comer de todo género de viandas, aun las más groseras, á no tener miedo aunque estuviesen solos, á no llorar ni quejarse estando á oscuras.

Aquellos niños iban descalzos de pie y pierna hasta los doce años, y aunque llevaban man-

tos y túnicas, les quitaban ésta cuando los calzaban, cumplida aquella edad, para que se acostumbraran al frío y al calor.

A las niñas las criaban en el mayor retiro, y jamás se sentaban á la mesa á comer con los hombres.

Rara vez se presentaban en público, y tenían siempre un cuarto separado en la vivienda más alta de la casa, al cual llamaban *gineceo*, y donde no entraban más que sus padres, sus hermanos y las esclavas necesarias para su asistencia.

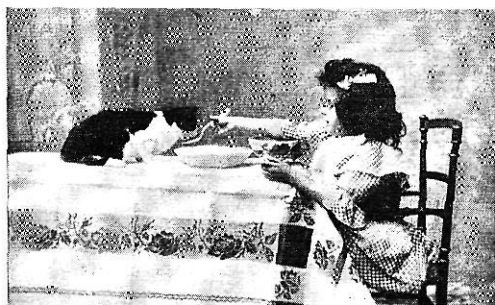
Por último, los griegos eran extremados en el prurito de enviar sus hijos á la escuela desde su más tierna edad, haciéndoles estudiar la Gramática, Retórica, Filosofía, Poesía y Artes mecánicas, yendo siempre acompañados de mancebos virtuosos á los que llamaban *pedagogos*.

En todas las poblaciones de Grecia había también escuelas en las que los niños aprendían á bailar, cantar y tocar instrumentos músicos; elementos que en la antigua Grecia se consideraban necesarios para el complemento de la educación de los jóvenes de ambos sexos.

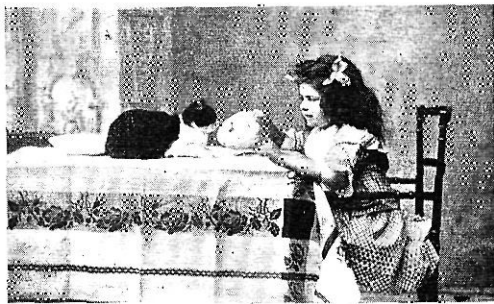
Los griegos eran supersticiosos por excelencia. Si algún caminante encontraba ó veía alguna comadreja, interrumpía su camino y no continuaba su marcha hasta después de haber juntado tres

pequeñas piedras ó hasta que pasaba alguno por donde había pasado la comadreja.

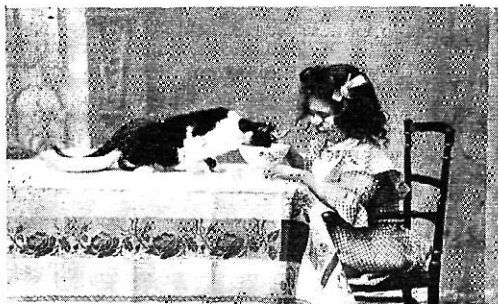
Si se cruzaban con algún hombre que padeciese mal de gota, escupían para arrojar de sí la desgracia del encuentro. ***



—¡Te pones triste!... ¡Mayas?... ¡No ha sido nada!
Vamos, toma una sopa... ¡Si eres más tuno!...



—¡Miau! —¡Te ha sabido á poco? ¿Quieres la taza?
¡Anda, atrevete, tonto! ¡Te lo permito!



—¡Si no fuera por una, que es tan buenzaza
y conoce las maulas del señorito...!

Inclinaciones naturales

HAY niños que no hacen más que nacer y ya revelan los altos fines para que han sido creados.

Toda criatura que al tiempo de mamar patalea y gruñe, indica su predisposición á ingresar en las oficinas del Estado, pues es sabido que los funcionarios públicos se pasan la vida en constante succión, sin que dejen por eso de quejarse.

El niño que estando en la cuna alarga la manita con ánimo de apoderarse de todo lo que ve, demuestra que ha nacido para recaudador de Contribuciones... y así sucesivamente.

Por eso los papás de Aquilino cuando notaron que emborronaba todo lo que le ponían por delante y hacía rayas en las puertas y se teñía la nariz con el yeso de las paredes, se dijeron á dúo:

—Este niño va á ser pintor.

Y ya no pensaron en enseñarle cosa de mayor provecho.

Tenía el chico diez años y aun no había podido pasar del Catón, y siempre que iba á verle su tío y se lamentaba del atraso de la criatura, contestaban los padres:

—No nos importa que no sepa nada. ¡Al fin y al cabo ha de ser pintor!

Eso sí; en lápices, cajas de colores, papel de dibujo y goma para borrar se gastaba el patrimonio una fortuna; y al ver al chico con la nariz pegada á la mesa haciendo garabatos, sentían el marido y la mujer que el orgullo embargaba todo su espíritu, exclamando muy satisfechos:

—¡Qué suerte hemos tenido! Este va á ser un pintorazo como una casa.

El chico ¡claro! hacía todo cuanto le venía en ganas, pues con tal de que pintase mucho, ya estaban contentos los papás.

La abuelita, por su parte, se consideraba dichosa viendo en el nieto la reproducción exacta de Fortuny, ó la edición corregida y aumentada de Murillo. A lo mejor el muchacho pintaba un coche con dos mulas y corría á enseñárselo á la abuelita.

—¡Precioso, precioso!—decía ésta, besando con frenesí al artista.

—Es un coche,—afirmaba él.

—Ya lo veo, ¡encanto de mi existencia! ya lo veo. Esas mulas «están hablando».

Como era preciso que el rapaz no abandonara los pinceles, vivía ayuno de todo trato social y de toda cultura; de modo que en vez de hablar soltaba coces, y las visitas de la casa no se atrevían á acercársele temiendo que les diera un mordisco.

En cierta ocasión estuvo á visitar al matrimonio una señora, y no sabiendo cómo las gastaba Aquilino, pretendió besarle; pero el muchacho, en vez de presentar la carita, fué y le atizó un codazo en un vacío.

—¡Ay!—gritó la infeliz.

—No extrañe usted el codazo,—objetó la mamá.—Es brusco como buen artista.

Hoy Aquilino tiene veintitrés años y aun no lee de corrido, pero en cambio se pasa la existencia dándole al pincel y fumando en pipa. Esto último desagradó á la abuela, pero el papá hace la siguiente objeción:

—No; no se le puede privar de que fume. La pipa es un símbolo pictórico. Desde Apeles hasta Casas, todos los grandes pintores han fumado en pipa.

Aquilino está ahora muy ocupado pintando una marina del natural para exponerla en el Salón Parés.

Quando vuelve á su domicilio, después de haber dejado impresa en el cuadro su alma de artista, los papás acuden á contemplar la obra del genio y se extasían.

—¡Oh, qué cosa más sorprendente!—exclama el padre cerrando la mano derecha y aplicando el ojo al agujero.

—¡Preciosa!—repite la madre.

—¡Manífico!—añade la abuela.

Al cabo de seis semanas Aquilino dió por concluida su obra maestra.

—Hay que celebrar este acontecimiento,—dijéronse los felices papás.—Convidaremos á comer á los amigos.

Y, efectivamente, la otra mañana acudieron al domicilio del pintor ocho ó diez personas de ambos sexos, convidadas á comer y á examinar la obra maravillosa.

—Antes de sentarse á la mesa, deseo que conozcan ustedes el cuadro,—exclamó el papá.

—Sí, sí,—gritaron todos.

La mamá fué en busca del cuadro y, con el rostro resplandeciente de júbilo, descorrió el tapete que lo ocultaba.



—¿Qué les parece á ustedes?—preguntó orgullosa.

—¡Bravo, bravísimo!—exclamaron.

—¡Qué bien pintado está ese bosque!—dijo uno.

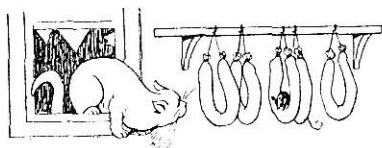
—No es bosque,—replicó otro.—Es una carretera.

—Ni carretera ni bosque,—rugió Aquilino.—Es una marina.

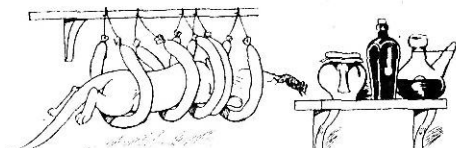
—Para que no haya confusiones,—objetó uno de los convidados,—lo mejor será que le ponga usted el rótulo.

LUIS TABOADA

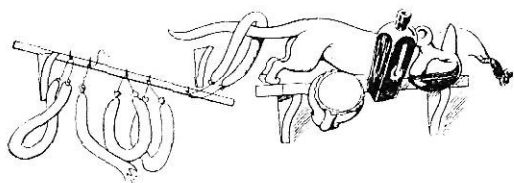
*Una oración
por pasiva*



—¿Conque vienes á hurtar mis provisiones? ..



—¡Pues aguarda y verás, ladrón maldito!



—¡Espérate un poquito!



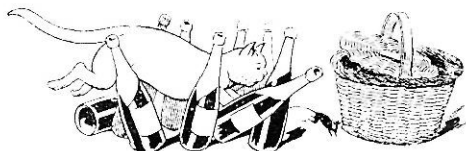
—¿No atiendes á razones?



—¿Te has propuesto jugar al escondite?



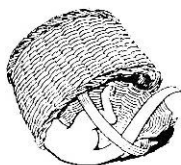
—Pues... ¡cuidado conmigo si te cojo!



—¡Date! Que si me enojo...



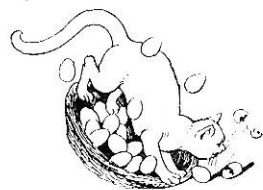
—No te vale la cesta para el quite.



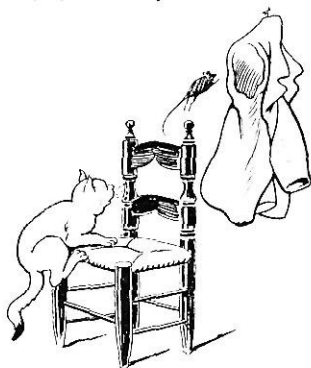
—¡Jesús! ¡Aquí fué Troya!



—¿Te quieres esconder tras la esportilla?



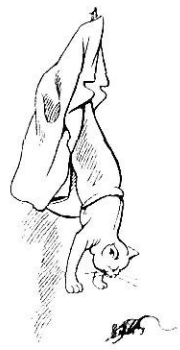
—Pues aunque haga tortilla...



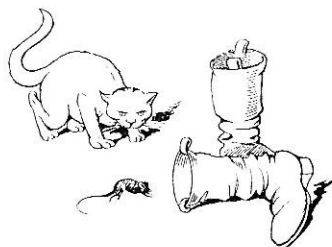
—Nada te ha de valer tanta tramoya!



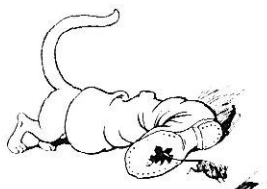
—¡Granuja, en el gabán del señorito!



—¡Por fin! No se escapó...



—... ¿no es ya bastante?



—¿Se ha metido en la bota, el mur tunante!



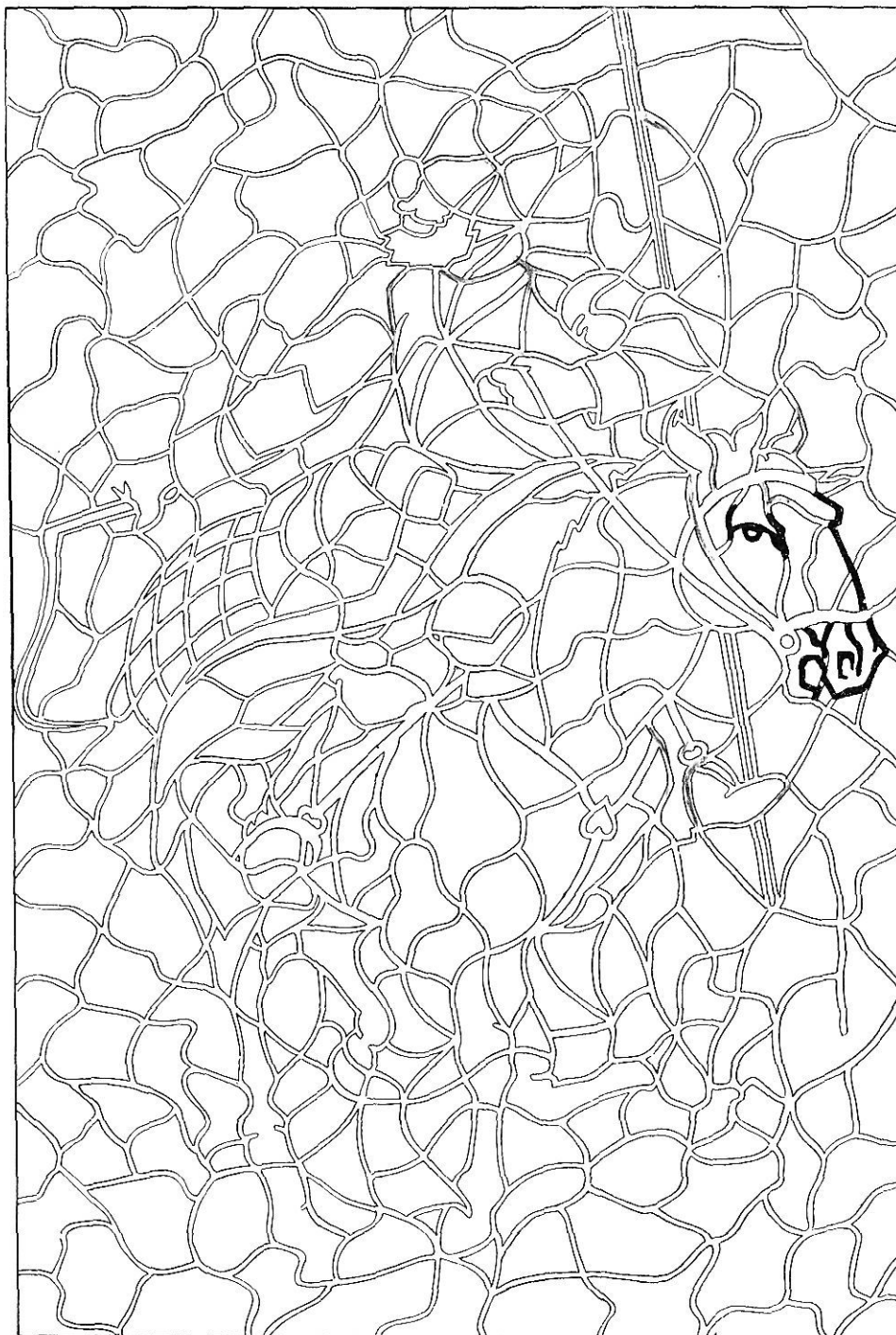
—¡...y soy yo el que ha caído en el garlito!

CONCURSO CON PREMIOS — LA TELA DE ARAÑA

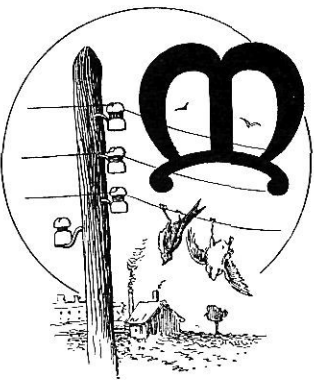
Dentro de esta verdadera tela de araña se encuentra la figura de un cosaco, montado en un caballo al trote. Las líneas del dibujo son dobles. Se trata, pues, de llenar con tinta los caminitos que forman el contorno, de la manera indicada en la cabeza del caballo. El cosaco mira hacia atrás y lleva el *knout* en la mano derecha.

Se adjudicarán 50 premios: 1.º, un portamonedas plata de ley; 2.º, una hermosa caja de pinturas; y 24 pares de gemelos para puños de camisa, y 24 cadenas para abanico.

Las soluciones se recibirán hasta las ocho de la noche del día 20 de Enero próximo.



El flúido eléctrico



IRA, papá, qué cosa tan rara! Dos pajarillos sujetos por las patitas á uno de los alambres del telégrafo... ¡Están colgando!

—Como que están muertos, y la contracción que ha ejercido en ellos la corriente eléctrica ha hecho que se crispan sus patitas y han queda-

do sujetos al alambre que les ha dado muerte.

—Pero, ¿cómo es eso? Yo he visto otras veces pararse pájaros en los alambres y no les ha sucedido nada.

—Porque no lo habrán hecho en un período de tempestad como la que descargó ayer tarde, pues únicamente en tiempo tormentoso es cuando existe serio peligro para esos animalitos en el flúido eléctrico que pasa por los alambres.

—Y ¿qué es flúido eléctrico, papá?

—Un agente físico poderosísimo, del cual sólo conocemos los efectos, pero no las causas, si bien desde la antigüedad más remota se sabe la propiedad que poseen ciertos cuerpos, una vez electrizados, de atraer en determinadas circunstancias á otros cuerpos muy sutiles como pedacitos de papel, pajitas, etc. Guillermo Gilbert, médico de la reina de Inglaterra, en el siglo XVI sabía que el ámbar electrizado por frotación con un pedacito de lana atraía á otros cuerpos, y descubrió que los metales, el agua, el cuerpo de los animales y otros muchos, daban el mismo resultado aunque en otra forma, y á esos cuerpos se les llama buenos conductores; entre los malos conductores figuran los aceites, el vidrio, el ámbar, las minas y otros infinitos. Ahora bien: si electrizamos por frotamiento un trozo de ámbar y le aproximamos unos pedacitos de papel, los atraerá, ¿no es así?

—Sí, papá. Los atrae como el imán.

—Electricemos ahora una varilla de hierro por el mismo procedimiento; la acercamos á un pedacito de papel...

—Y no los atrae, siendo, como dices, buen conductor del flúido.

—Precisamente por eso. El ámbar, mal conductor, retiene, almacena la electricidad; el hierro, conductor excelente del flúido eléctrico, hace que ésta se marche á la tierra, y te lo voy á demostrar cubriendo con una capa de lacre derretido uno de los extremos de la varilla de hierro. Ya está: la cogemos por la parte del lacre, frotamos la otra punta, y... ¿Qué pasa ahora?

—Qué atrae los papelitos.

—Eso es: y los atrae porque el lacre no deja pasar la corriente, que queda almacenada en la varilla, como sucede en el ámbar, que es mal conductor. Tú no ignoras que hay dos clases de electricidad: la *vítrea* ó positiva y la *resinosa* ó negativa, que se expresan por los signos *más* + y *menos* — respectivamente, ¿no es así?

—Sí, papá. Así se indican en los tratados de física.

—Pues bien: retén en la memoria que todos los cuerpos electrizados *atraen* á los que no lo están, y los *rechazan* en el instante mismo en que se electrizan, cuando se ponen en contacto; es decir: que los cuerpos provistos de electricidades iguales, se *repelen*, y los que lo están de electricidades distintas, se *atraen*. ¿Has comprendido?

—Sí, papá. Pero eso no me explica el por qué esos pobres pajarillos han muerto agarrados á los alambres, cuando otras veces he visto...

—¿Has visto que impunemente se paraban en ellos? Ya te he dicho que eso es por razón de la tormenta de ayer tarde, por las intermitencias de corriente eléctrica que durante ella sufren los alambres. Se ha observado que raras veces se paran los pájaros en los alambres del telégrafo, y algunos sabios han creído ver en ello un fenómeno psicológico, como si esas ave-cillas, por intuición, huyeran de ellos, pero no es así; podrán, todo lo más, sufrir un ligero cosquilleo, un suave calorillo que les advierte que existe algo anormal, pero nada más, pues apenas rozan la superficie del alambre. Y para demostrarte que ese peligro no existe se han hecho las siguientes pruebas: Un clown ha subido á un cable eléctrico por el que pasaba una corriente á alta tensión, y nada le ha sucedido. ¿Por qué? porque estaba aislado sobre él, no tenía contacto con la tierra y la corriente no encontraba desviación en su camino.

—¡Ah, ya! ¡Seguía su marcha sin hacerle caso!... Y dime: ¿si hubiese dado la mano á otro,



ó se hubiese agarrado á la rama de un árbol, por ejemplo?...

—Hubiera pulverizado á los dos, pues la corriente hubiese torcido buscando la tierra por el camino más corto. Pero aislado encima del alambre, sólo ha sentido un cosquilleo más ó menos molesto, según la energía de la corriente.

—¿Y en las corrientes alternas, papá?

—En ellas existe verdadero peligro si las alternativas no son muy rápidas y dejan verdaderas soluciones de continuidad entre una y otra, pues en cada interrupción hubiera recibido las descargas eléctricas, que es precisamente lo que les pasó á esos pobres pajarillos, porque la tempestad convirtió en alterna é irregular la intensidad de la corriente, y ésta vino á herirlos crispando sus patitas y dejándolos colgando del alambre telegráfico.

—Y el pararrayos, papá, ¿cuándo me explicarás lo que es?

—En la otra sesión, hijo mío; pues aunque está intimamente ligado á la materia que tratamos hoy, no quiero que el cansancio te haga olvidar lo que hemos estudiado.

A. PALLAVICINI

Sumario del tercer número de JUVENTUD ILUSTRADA publicado el 16 de Diciembre de 1905

Magnífica cubierta en colores.—Retrato y pequeños apuntes sobre el Dr. D. Clemente Cortejón, director del Instituto de Barcelona.—*El Teleguerrero*, por A. Pallavicini.—Retratos de alumnos y señoritas que obtuvieron premios de honor en el Instituto y en la Escuela Normal de Maestras de Barcelona.—*El niño ingenio*, por Luis Taboada.—*Villancicos de Navidad*, página musical del maestro Mas y Serracant.—*Luis XVI*, efemérides, por A. P. Guillot.—*Los extremos*, por Bestard de la Torre.—Página artística.—*Aventuras de Allan Quatermain* (viajes extraordinarios).—Lotería instructiva (reyes de España).—*El golfillo*, por A. D'Ollaripa.—Ecuivalencia de monedas.—Secretos de la pre-tidigación.—Fábula ilustrada.—Proverbios, locuciones y frases.—Ciencia heráldica.—Mes de Diciembre.—Historieta cómica por Cuchy.—Clepsidra ó reloj de agua. Mapa en colores de la República mexicana, y apuntes geográficos, históricos, estadísticos y etnológicos.—*Juegos de ingenio*: Charadas, jeroglíficos, concurso con 50 premios, y gran número de grabados que ilustran los artículos científicos y literarios. Además, cada número contiene cuatro páginas encuadernables de la preciosa obra *Mis prisiones*; memorias del eximio literato italiano Silvio Pellico.

Precio del número atrasado:

20 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA

Al Sol

*¡Hermoso lumínar que en el espacio
irradias esplendente tus fulgores
como rey que prodiga en su palacio
sus mercedes, grandezas y favores!...*

*Atomo soy, que errante y dolorido
vaga por el planeta
como un eco perdido;
como ola que la mar levanta inquieta
y se rompe en la playa; como ruido
de tempestad que corre arrebatada
en alas de huracán impetuoso
y se extingue en la nada;
como brizna que sigue esclavizada
la corriente del río caudaloso
que se despeña en rápida cascada
al seno del abismo cavernoso.*

*¡Ah, sol gigante! De brillantes broche;
con tu fulgor mis ojos electrizas...
pero, por ti... ¡por ti salgo de noche
ocultando mis botas, hechas trizas!*

FLORISTÁN DE MADRID.
Estudiante de Retórica y poética.

Suplicamos á los alumnos de enseñanza oficial que han obtenido matrícula de honor en el pasado curso, y cuyos domicilios no se nos han facilitado en los Institutos, se dignen remitir sus retratos, para publicarlos en nuestra REVISTA, á nuestras oficinas: Rosellón, 208, Barcelona.

Glotonería



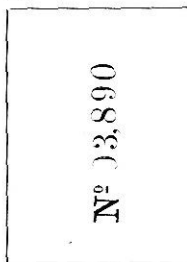
—¿Por qué has estado eligiendo entre los suspiros de monja?

—¡Porque buscaba el suspiro de la Superiora, que debe de ser más grande!...

En el próximo número publicaremos el resultado de nuestro primer concurso LITERATURA.—PIES FORZADOS.

NO CORTAR ESTE CUPÓN

CUPÓN-PRIMA de Juventud Ilustrada



A pesar de no ser partidarios del juego nacional llamado Lotería, no hemos encontrado otro medio que el de combinar los números de estos cupones con el que logre el primer premio en el sorteo del día 30 del corriente Diciembre, á fin de hacer regalos en metálico á nuestros lectores.

En su consecuencia, cuantos posean un ejemplar de JUVENTUD ILUSTRADA cuyo cupón tenga igual número que el del billete favorecido en dicho sorteo con el premio mayor,

recibirán 125 pesetas

á la presentación del NÚMERO COMPLETO de nuestro semanario. Caduca á los seis meses.

NO SE PAGAN MÁS ORIGINALES ARTÍSTICOS Y LITERARIOS QUE LOS QUE SE ENCARGUEN, AUN CUANDO SE PUBLIQUEN

El Perú

DESDE que en 1811 apuntaron los primeros chispazos que habían de consolidar la independencia del continente que sometiera Pizarro en 1535, hasta la constitución definitiva y estable de la república peruana, transcurrieron una serie larguísima de años en que las revueltas ensangrentaban aquel hermoso país.

Como si el que en sus mocedades fué porquero (Pizarro) hubiese dejado allí la semilla de su levantisco carácter que le llevó a morir de una manera trágica en 1541, las conmociones políticas lo han agitado durante más de medio siglo, hasta que, por fin, una era de paz y una recta y honrada administración, lo han colocado en una senda de las más florecientes.

Hoy, su gobierno democrático-representativo, se rige por la Constitución de 1860, y consta de tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial, que extienden su acción á 21 departamentos, 97 provincias y 788 distritos en que está dividido su vasto territorio.

Encontrándose éste en la parte occidental de la América del Sur, en los paralelos 1º 29' y 19º 13' al Sur del Ecuador, y entre los meridianos 64º 15' y 82º 40' 54" de París, sus costas están bañadas por el Océano Pacífico, y lo limitan la República del Ecuador por el N., por el NE. la de Colombia, por el E. los EE. UU. del Brasil, y por el SE. la República de Bolivia.



JOSÉ PARDO

Presidente de la República

Su extensión superficial es de 1.806,981 kilómetros cuadrados, y allí se producen todos los frutos de los países fríos, templados y cálidos.

Su población es, aproximadamente, de 3.000,000 de habitantes, que en aquellas latitudes se mantienen sanos y robustos sobre toda ponderación.

Porque es de advertir que la fiebre amarilla, el cólera, ni la peste bubónica han traspasado jamás sus fronteras, aun en las épocas en que mayores estragos han producido en otros países, por lo que es de suponer que el país del oro es refractario á las epidemias que con tanta frecuencia se padecen en Europa y en otros puntos de América.

Una de las maravillas de que está sembrado el territorio peruano es el incomparable lago Titicaca, á 4,000 metros sobre el nivel del mar, y cuya cuenca mide 130 leguas de largo por 60 de ancho, ocupando una superficie de 2,070 leguas cuadradas con una profundidad de 80 brazos, y sin otro desagüe que la evaporación. A él afluyen varios ríos. Dicese entre los naturales que en el fondo de ese lago están los tesoros de los Incas, entre cuyos objetos figura la cadena de oro de Huaina Capac, que medía 235 metros.

El Callao, que es el primer puerto de la República, dista de Lima 10 kilómetros, que se recorren en media hora de ferrocarril.

Lima, capital de la República, cuenta 200,000 habitantes, y es notable por los recuerdos que de la época de la dominación conserva; entre ellos la capillita del Puente, iglesia la más antigua de la ciudad, pues data de la época de Pizarro; el palacio del Senado, y la casa de Torre Tagle, que puede citarse como un modelo de arquitectura hispano-morisca y la Universidad.

Hay algunos monumentos y edificios modernos muy notables también, entre ellos, el cementerio que es un verdadero museo de obras de arte.

Arequipa, la segunda ciudad de la República, es el centro de la industria y la agricultura peruanas, y su situación una de las más hermosas del mundo, abundando en ella los suntuosos edificios y los ricos monumentos.

La unidad monetaria del Perú es la libra peruana, igual á 25 francos, que equivale á 10 soles de plata; el *sol*, 10 reales; el *real*, diez centavos. El *sol* es igual en peso, calidad y tamaño al duro español. El papel moneda no existe en el Perú, pues la Ley prohíbe la emisión de billetes de Banco.

La instrucción se atiende con extraordinario interés, y la prensa periódica es una muestra relevante de la cultura de aquel país, siendo de notar que los periódicos circulan libre y gratuitamente por las oficinas postales de toda la República.

Y para terminar, recordaré lo dicho por el sabio E. Carrey: «En razón á los repetidos viajes que he hecho á distintos países, se me ha preguntado cuál es el mejor de ellos, y sin vacilar he contestado que el Perú».

A. P. GUILLOT

